



CONGREGATIO PRO CLERICIS

III DOMINGO DE ADVIENTO – C

Citas:

Soph 3,14-18a:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9avvaec.htm

Phil 4,4-7:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9aggm1d.htm

Lc 3,10-18:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9apphwc.htm

«¡Grita de alegría, Israel, exulta y clama con todo el corazón, hija de Jerusalén!» (*Sof* 3,14). La petición de alegría, hoy, es tan fuerte, que este tercer Domingo de Adviento es llamado el domingo “Gaudete”. Y este pedido atraviesa los siglos con fuerza creciente y llega a nosotros, aquí reunidos: “¡Grita de alegría, oh Iglesia de Cristo, exulta y aclama con todo el corazón!”. Y además hemos escuchado a San Pablo: “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres” (*Fil* 4,4).

¿Por qué la Iglesia nos invita a tan grande alegría? ¿Cómo se atreve a llamar a la alegría a todos los hombres de la tierra? En efecto, toda la Iglesia esparcida por el orbe y que vive en Europa, en América, en África, en Asia y en Oceanía celebra la misma Liturgia, escucha la misma Palabra de Dios, adora y se alimenta del mismo Señor Jesús, presente en la Eucaristía...

«¡Grita de alegría [...] exulta y aclama con todo el corazón»! Nosotros, que vivimos en Occidente, podríamos justamente objetar esta invitación, presentando las dificultades de carácter político y económico, que afectan a gran parte de la población. ¿Cómo se puede estar alegre, mientras desde tantas partes se escuchan lamentos por la falta de trabajo, porque algunos no tienen un techo bajo el cual estar o

faltan los bienes de primera necesidad; mientras no se ve un futuro sereno para nuestros jóvenes?

«¡Grita de alegría [...] exulta y aclama con todo el corazón!». También podrían oponerse a esta invitación, los hermanos de la Iglesia de Dios que está en África, o en Asia, donde la persecución, cada día, cada segundo, golpea a decenas de cristianos, llamándolos al martirio... También podrían oponerse a la invitación, cuantos están impedidos en el ejercicio de más elemental de los derechos del hombre: la libertad religiosa, el derecho a la vida y a la familia, la libertad de expresión.

«¡Grita de alegría, oh Iglesia de Cristo, exulta y aclama con todo el corazón!». ¿Por qué, pues, gritar de alegría? ¿Por qué exultar y aclamar con todo el corazón? ¿Por qué estar siempre flagres?

Nos responde San Pablo: porque “el Señor está cerca” (*Fil 4,5*). “Porque en medio de ti es grande el Santo de Israel” (*Is 12*). “Rey de Israel es el Señor en medio de ti” (*Sof 3,15*). Y escuchamos a san Juan Bautista: «Llega Aquel que es más fuerte que yo, al cual no soy digno de desatarle la correa de las sandalias » (*Lc 3,16*).

Podemos no sólo alegrarnos, sino “gritar” de alegría, porque el Señor viene, está cerca, y este Hecho, por su grandeza, por su imprevisibilidad, por su belleza, no puede menos que inundar el corazón de alegría, una alegría desbordante que, como es natural, se hace canto y exultación.

¡El Señor está cerca! El Altísimo, el Eterno, el Inconmensurable, que es Origen de todo lo que somos y de todo lo que nos rodea, hacia el Cual estamos orientados... ¡está cerca! Nos visita, está visitando a su pueblo.

Dios, en Cristo, en el Niño que nacerá en Belén, se ha hecho “cercano”, es decir, “encontrable”, “visible”, “audible” y “tangible” para cada hombre. Dios se ha hecho cercano a la vida de cada uno de nosotros.

Y esta cercanía, inesperada, del Misterio con nuestra vida, no nos distrae, ni “anestesia” acerca de los problemas y las dificultades que, infaltablemente, tocan la vida de cada uno. Más aún, nos permite mirarlas con una libertad que antes era

impensable: «No os angustiéis por nada, sino que en toda circunstancia presentad a Dios vuestras peticiones con oraciones, súplicas y acciones de gracias » (*Fil 4,6*), nos ha dicho San Pablo. Él está cercano y por eso nos escucha y podemos recurrir a Él, que es nuestro Todo, Todo lo que siempre hemos deseado, es más, mucho más que eso, y está siempre atento a cada una de nuestras peticiones, a cada uno de nuestros suspiros.

Si frente a una Novedad tan grande, nos sobreviniera la pregunta que las multitudes, los publicanos y los soldados dirigen al Bautista –“¿qué tenemos que hacer?”- escuchemos: «El que tenga dos túnicas dé una al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga otro tanto. [...] No exijáis nada más que lo que está fijado [...] No maltratéis ni extorsionéis a nadie; contentaos con vuestra paga » (*Lc 3,11-15*).

Prestemos atención a Él, a Cristo, rezando y sin tratar de saciar con cosas las necesidades más importantes de nuestro corazón. Miremos a Jesús, con María, en cuyos labios floreció por primera vez, en el Magnificat, el canto de exultación; miremos a Jesús, unidos a María, que es la Causa de toda nuestra alegría. Amén.